

Maldita forma de terminar una amistad

Maldita forma de terminar una amistad.

Autor: David Villanueva Sanchez

Dav y John entraron en la sala que hacía las veces de comedor, y esperaron en silencio a que los ojos se les acostumbraran a la oscuridad.

Parecían dos espectros siniestros y jorobados, vestidos con chandals de escalada negros que John había comprado para la ocasión y las capuchas subidas. Los chandals eran amplios, y a la altura del vientre tenían equipados una riñonera espaciosa, “para lo que pudieran encontrar”, según las propias palabras de John. En un primer momento Dav se rió de la ocurrencia de su amigo, pero cuando tuvo que arrastrarse por el claro que separaba los arbustos y la espesura de la gran casa de Lem, agradeció a los cielos la seguridad que le daba llevar esas ropas oscuras en la noche lluviosa.

Sabían que Lem dormía en el segundo piso, subiendo las escaleras del fondo. Con toda probabilidad estaría abatido por un profundo sueño, drogado por los somníferos que acostumbraba a tomar cuando había noche de tormenta. El temor de Lem a los truenos era un tema personal. Un viejo trauma del que nunca había querido hablar demasiado, a pesar de las copas o los momentos de intimidad.

Dav miró el comedor con ojos nostálgicos. En esa sala había habido risas, todos juntos.

Un tiempo de extraña felicidad, discusiones aletargadas acerca de la política internacional, cenas regadas con buen vino, partidas al “Estrategia Planetaria”, o tertulias alrededor de la nueva extravagancia que había comprado Lem en el mercado de pulgas de ese año.

Los cuatro amigos, Lem, Dav y los hermanos Sonity, John y George, habían alargado su amistad durante años, desde que les echaron a todos de la fábrica de androides. Un lazo fortalecido por la mutua complicidad y entendimiento silencioso.

Ahora todo eso se había ido, era historia. Y quizás, como Dav temía, Lem terminara muerto a lo largo de la noche...

Los dos intrusos llevaban en los bolsillos los revólveres, palmeándolos de vez en cuando, nerviosos como amantes inexpertos. Avanzaron los primeros pasos poco a poco a poco entre los muebles, con evidente ansiedad, tanteando en la penumbra el siguiente paso, siempre el siguiente paso, mientras los ronquidos del viejo Lem eran un rumor constante, que ayudaba a atemperar sus nervios.

¿Deberían usar las linternas para guiarse? Quizás los vecinos pudieran ver alguna luz extraña. Un riesgo gratuito que ninguno de los dos deseaba correr en vano.

Maldita forma de terminar una amistad

Si solo las cosas hubieran sido distintas, se lamentaba en silencio Dav. Si la amistad hubiera seguido por cauces habituales, y la ponzoña y el rencor no hubiera echado a perder el lazo que una vez les convirtió en hermanos...

La historia del libro pronto corrió como la pólvora entre el círculo de amistades. Lem lo había conseguido en una subasta en Barcelona. Una pieza más en su colección de objetos singulares, con la que muchas veces deleitaba a las visitas.

Sin embargo, la rareza que en un primer momento había sido comprada sin demasiado interés guardaba características propias e inesperadas. El libro, que inicialmente había sido considerado de Ciencia Ficción por los ineptos directores de la casa de subastas, tenía fecha de edición de 2320, y era una reedición de un estudio escrito en 2314.

El viejo nunca desveló a sus conocidos de que narraba exactamente. Y jamás se lo enseñó. Sin embargo, durante los 4 años siguientes a su compra, el viejo amasó poco a poco una gran fortuna en el mercado de valores.

El hombre de la varita mágica, le habían denominado algunos periódicos locales. Pero casi nadie conocía la existencia del libro y muy pocos pudieron atar los cabos. Al fin y al cabo, eso del libro escrito en el futuro era solo una broma del viejo Lem, ¿verdad?...

Los intrusos se movían por las distintas habitaciones, calculando mentalmente donde estaría el cuarto del anciano, sobre sus cabezas.

Abrían armarios, inspeccionaban librerías, levantaban almohadas... Pero aquello por lo que habían comenzado todo no aparecía. Metódicamente, revisaron las cajas en el suelo de la antigua habitación de invitados, abandonadas con dejadez por su antiguo compañero.

El maldito libro debía de aparecer...

Dav recordaba que aquellos viejos tiempos habían sido buenos para las colonias... La explotación de Venus atraía capitales y personas. Las minas de metal y los complejos turísticos llenaban las noticias.

Incluso entonces, muchas de sus reuniones informales aún se hicieron en aquella misma casa, acerca de la política estelar, del nuevo presidente electo, y de los rumores sobre las terribles mutaciones embrionarias en el planeta Marte.

Pero él ya sabía en aquellos tiempos que algo había cambiado. Encontraba a Lem más huraño. Más desconfiado. –La carga de los nuevos ricos- Le dijo un día George, siempre con su incansable buen humor. Y Dav asintió sonriendo, intentando quitarse las tinieblas de la cabeza.

Maldita forma de terminar una amistad

El gobierno comenzó a dar facilidades a los colonos de Venus, una casa, trabajo estable en el complejo minero, y George, el hermano de John, en paro y sin expectativas le preguntó al respecto a Lem sobre si debía llevarse a su familia al planeta a hacer fortuna.

Según recordaba, no le pedían que les dejara hojear el famoso libro. Solo un consejo. Una orientación. Compartir algo de buena fortuna con sus amigos.

El viejo tuvo un acceso de ira. Se negó a decirles nada, les llamó buitres, ratas, y les echo de su casa.

John y Dav intentaron hablar con él, solucionar la situación, pero Lem se había vuelto huraño y paranoico, y les dejó de hablar.

George y su familia emigraron a Venus, asediados por las deudas, en busca de un horizonte en el nuevo paraíso que los mass media se encargaban de vender a la empobrecida masa de la tierra.

Dos años después, despertó el Dragón. Las minas de metal se agotaron, y los sindicatos iniciaron revueltas que desembocaron en una cruenta guerra civil.

El eco rápidamente recorrió el planeta Tierra y las otras colonias, despertando demandas olvidadas y el miedo a la quiebra del sistema colonial. Los Estados Terrestres respondieron rápido, y de manera desproporcionada, como tantas otras veces. Bombardearon las bases sindicales de la colonia, enviaron a sus marines, y la represión provocó miles de víctimas.

George y su familia murieron durante los bombardeos. Víctimas colaterales de un conflicto mucho mayor que todos ellos...

Dav estaba con su amigo cuando vieron las noticias sobre los bombardeos a través de los Media. Recordaba a John sentado en el pub irlandés, con el cuerpo rígido y el rostro pálido, mientras las bombas caían en sobre Venus en las pantallas... John nunca pudo perdonarlo. Había perdido a su único hermano. Sus sobrinos. Su familia. Y culpó de todo a Lem. Ese cabrón usurero ganó dinero con la guerra colonial, mientras la vida de John se rompía en pedazos.

A Dav no le fue mucho mejor. La crisis terrestre continuó, perdió su trabajo y su situación económica empeoró año tras año.

Hacía unos meses, John fue a verle a su casa, y le habló de su plan. Se le veía más sereno. Más decidido. Y Dav había temido por el viejo Lem.

Durante semanas, habían ido a vigilar al anciano, paseando por el parque cercano a la urbanización, localizando los lugares en que la valla del complejo residencial estaba sorprendentemente baja y desprotegida.

Maldita forma de terminar una amistad

Habían hecho un par de incursiones para tantear el terreno ocultos entre los árboles de la urbanización. Tomando nota de las cámaras, la falta de vigilantes nocturnos, la dejadez del viejo solitario, que solía dejar la terraza abierta en las noches de verano.

Verificaron los horarios, el movimiento de los vecinos, la ruta del único guardia para todo el complejo ... Y finalmente lo llevaron a cabo.

John había contratado a un tipo oscuro y prepotente "Little Hat", para que pinchara y derumbara la red de sensores de ese único edificio y las dos cámaras más cercanas, en la zona de los jardines y el sendero.

- Pinchar y montar un electro-bucle.- había dicho el joven hacker. - Nada más fácil-se jactó, mostrando unos dientes amarillentos, y corroídos por el uso de las anfetaminas. Y Dav lamentó tener que hacer tratos con ese individuo odioso, estar metido en todo aquello, que no le gustaba y que le daba miedo.

Un robo y quizás un asesinato. No eran buenos planes de futuro. Y desde luego no era una buena forma de terminar una amistad de 15 años...

Ahora estaban allí, en las habitaciones repletas de todos los libros, de copas de cristal italiano, antigüedades y obras de arte de escaso gusto que el estúpido de Lem había acumulado durante una década, impulsado por una fortuna fácil y su obsesión coleccionista.

La impaciencia se acumulaba, y cada ruido involuntario les hacía encogerse, de miedo y tensión ante la posibilidad de ser descubiertos.

- Encontraremos el libro, aseguró Dav a su cómplice en un susurro.

Intentaba calmarle. Hacer que dejara de pensar en el revólver. Que olvidara lo que fuera que había pensado al comprar las armas sin consultarle a Dav, y se centrara en el libro. En la riqueza, y en el nuevo comienzo que podía brindarles...

Solo tenían que conservar la calma, y obtendrían la venganza que buscaban. Con suerte, sin dejar un cadáver por el camino.

La lluvia de fuera iba en aumento y Los truenos marcaban su canción propia.

Entraron en el escritorio de Lem. La mesa llena de papeles, el tablet principal en hibernación. Una botella de Whisky junto a un vaso vacío, que aguardaba paciente su momento...

Inspeccionaron los cajones y revisaron la pila de libros a los pies de la mesa. Nada.

Pasaron a otra habitación cuya decoración principal parecían ser una serie de cabezas de animales cabezas de animales que lucían en la pared.

Al aproximarse un poco más y palparlas, Dav se dio cuenta de que estaban hechas con papel mache y escayola.

Maldita forma de terminar una amistad

Ambos se miraron y sonrieron. Lem siempre se había caracterizado por un pésimo gusto estético, y resultaba evidente que todo el dinero que le había venido no había hecho desaparecer sus excentricidades.

En los últimos tiempos de su amistad, el viejo había tendido a extenderse divagando sobre la avalancha de las clases medias en la vieja colonia de Marte, y como habían conducido al declive del planeta, que una vez llegó a ser símbolo de lujo y capital de la cultura estelar...

Para Dav, pese a sus aires de nuevo rico y sus teorías sobre la influencia negativa de las clases medias en la decadencia del sistema de colonias espaciales, su antiguo compañero había seguido siendo ese viejo freak que temía a las mujeres y prefería coleccionar películas del siglo pasado a salir a cenar con gente nueva...

Pararon unos minutos la búsqueda, sentados en la sala con las cabezas de escayola, mirándose entre sí, y sopesando sus opciones.

John acariciaba su revólver, distraído, y Dav se preguntó si había posibilidades de evitar que la incursión en la casa se saldara con la muerte del viejo estúpido de Lem. Un disparo que quebrara la noche, disimulado por los truenos y la tormenta.

Cuando finalmente se levantaron y retomaron la búsqueda, subieron al segundo piso y encontraron lo que buscaban.

Lem había dedicado toda una habitación a su valioso libro.

Una sala en el segundo piso, bien ventilada y con una ventana amplia, ocupada solo por un sillón, una mesa y el libro que reposaba sobre ella...

A primera vista parecía un objeto vulgar. Un volumen con una portada deslucida por el tiempo, y unas dimensiones que no se salían demasiado de lo que podía encontrarse habitualmente en el mercado.

El título parecía estar en inglés, pero Dav no entendió muchas de las palabras. "Historia económica del siglo XXII", o algo por el estilo.

John cogió el libro con veneración, y lo abrió por páginas centrales.

Dav, a su lado alcanzó a ver buena parte de su contenido. Había hologramas, que se alzaban ante el lector, y videos y gráficos con anotaciones extrañas, que le provocaron cierto vértigo visual.

- Mejor ciérralo y salgamos de aquí- , señaló con ansiedad a su cómplice, mientras desviaba la mirada de los extraños caracteres y se apoyaba en el hombro de John, para recuperar el control.

Ciertamente, no se habían planteado demasiado que pasaría a partir de ese momento. ¿Que harían con el libro? ¿Ganarían dinero, se harían ricos a su costa? ¿Divulgarían su secreto, harían pública su existencia?

Maldita forma de terminar una amistad

Quien sabe las consecuencias que podría tener que el mundo se enterara... Para empezar, era la prueba patente de que los viajes en el tiempo eran posibles. Tras tantas teorías, tanta elucubración de bajo alcance que solo había llevado a películas y debates de género especulativo. El libro estaba ahí. Y eso lo cambiaba todo.

Pero había otras cuestiones menos esperanzadoras, que cruzaron rápidamente el cerebro del hombre: ¿Y las consecuencias económicas y sociales si se hiciera público su contenido? Se desataría el caos, la euforia desmedida en los mercados, y los analistas y políticos se remitirían simplemente a "El Libro". Leyéndolo, interpretándolo, creando corrientes de pensamiento en torno a él, como a lo largo de la historia se había hecho con los libros sagrados...

Dav auguraba un futuro férreo, de conflictos, sin esperanza. Habría sangre, atentados, caos... No, pensó, realmente hacerlo público no era una opción.

Pero George y su familia se merecían venganza. El hombre miró a su amigo, con el libro cerrado entre las manos, mientras el revólver aguardaba en el bolsillo del chándal oscuro.

- Se lo robaremos- Dijo Dav, decidido a hacer una apuesta para salvar al viejo Lem.

Intentó mostrar su rostro más convincente, y continuó hablando. - Le arrebataremos su mayor tesoro. Le dejaremos sin su "guía de la autopista". Ese será su castigo...

John no parecía seguro. Sopesaba el objeto, distraído, quizás pensando en la pistola y el uso que había pensado para ella...

- Sin el libro, no será nada. Solo un monigote. No es nada, John, te lo aseguro. Igual daría que estuviera aquí o en Marte. Puedes creerlo...

John meditó un largo tiempo más, dudando que hacer con su antigua deuda pendiente.

En el silencio, y a pesar de la tormenta, ambos pudieron escuchar los placidos ronquidos de su antiguo amigo, apenas a unas habitaciones de distancia. John meneó la cabeza divertido, probablemente recordando, igual que su amigo, los buenos momentos que habían pasado con el viejo idiota.

- De acuerdo.- Aceptó John. Intentando convencerse a sí mismo. - Tú ganas. El cerdo vivirá y nosotros seguiremos nuestro camino con esto... - golpeó con dos dedos la cubierta barata del libro.

Un nuevo futuro lejos de ese país, y lejos de Lem.

Dav asintió en silencio, sopesando los gestos los gestos y las palabras de su compañero.

- Ya no hay nada para mí aquí. Aparte de recuerdos y nostalgia...

Se permitió una ligera sonrisa cauta, y palmeó el brazo de John, intentando aplacar las dudas y los recuerdos que asediaban al hombre que tenía en frente.

Por ahora había evitado la muerte de Lem, lo cual no estaba mal. El tiempo diría en que terminaba todo.

Maldita forma de terminar una amistad

John guardo el libro con mimo en la pequeña mochila, y ambos regresaron por las escaleras al piso inferior.

Al llegar a la puerta de la terraza por la que habían entrado, Dav se paró un momento en el umbral, mientras John inspeccionaba los exteriores de la casa, revisaba si la ruta de regreso hasta los arboles y el parque cercano estaba libre, y se aseguraba de que no hubiera ni rastro del vigilante, aunque sus cálculos contaban con que estuviera cómodo y caliente en su caseta en la parte norte de la urbanización.

Dav miró por última vez la cocina que daba a la terraza. Pensó en sándwiches de jamón y queso. Cerveza fría y un par de pizzas mientras veían el partido de futbol de la semana. Se despidió mentalmente de Lem y de George. De las tertulias al atardecer acompañados por el vino blanco. Dijo adiós a las bromas, las rarezas de unos y los momentos buenos y malos vividos juntos.

Ahora solo le quedaba uno de sus amigos. Un amigo y un libro venido del futuro. Con información suficiente como para hacerles ganar cien millones de euros en un par de años.

Perder dos amigos y hacerse rico a cambio no le parecía un trato justo, en el fondo, pero Dav solo jugaba con las cartas que le venían. E intentaría, por su bien, que la partida se alargase lo máximo posible.

Los dos hombres avanzaron encogidos hasta ganar los setos, y huyeron de la urbanización en busca de su nueva fortuna.

Si algún vecino hubiera acertado a mirar en aquella tardía hora de la madrugada, solo habría visto dos figuras oscuras, vestidas para la ocasión con chandals del centro comercial y zapatillas desgastadas. Difícilmente ese hipotético observador habría podido imaginarse que dentro de diez años serían las dos mayores fortunas del hemisferio norte...

Fin.